

zo de alguno y en su bastón. Evaporábase á la continúa la vida de aquel organismo.

Asistía al Hospital, daba su cátedra, presidía los exámenes de la escuela y aun los profesionales y las sesiones de la Sociedad médica que fundó el año próximo pasado. También presidía las de la Junta de Mejoras Materiales, creada por el Sr. General Bernardo Reyes, su paisano, como él lo llamaba, y mediante la cual pudieron realizarse en menos de dos años importantísimas mejoras, como el atrevido Puente Juárez; adornos de las plazas públicas y poner los cimientos de la Penitenciaría, que será un edificio con que se enorgullecerá Nuevo-León. Gonzalitos, presidiendo tan importante Junta, santificaba con la venerabilidad de su nombre los trabajos de la misma.

Día hubo, empero, en que dejó de trabajar; pero fué que el aniquilamiento de las fuerzas vitales lo retuvo en el lecho, de que ya no debería levantarse.

Allí en las garras de su aguda y penosa enfermedad es donde se conocía al Gonzalitos paciente, al filósofo resignado, al hombre justo que, con estoicismo, y con la paciencia de un Job, pasaba imperturbable los largos insomnios de pesadas noches, contando, minuto á minuto, las horas que en la desventura no pasan tan veloces, como en medio de la felicidad. Y él estaba convencido del fatal y no leja-

no desenlace.....¡Sin embargo, no lo temía.

En el apogeo de su vida su sensibilidad se realizaba en acciones filantrópicas; en el lecho del dolor en lágrimas; pero nó en lágrimas de un corazón cobarde, de un espíritu débil; sino en lágrimas de un gran carácter. Una de las varias noches, que el que esto escribe, estuvo á su cabecera, como uno de sus discípulos, percibió como que sollozaba.

—¿Qué es eso, Señor? le dije. No faltaba más que vd., el hombre fuerte, que siempre nos ha dado ejemplos de sufrir con impasibilidad las contrariedades, hoy amargue con llanto las horas de su enfermedad!

—¡Qué quiere vd. que haga, me contestó. Sin querer viene á mi memoria el triste recuerdo de Tomás Hinojosa; veo que su enfermedad (la locura) quizá no tenga remedio, y esto me apena y me mortifica tanto como mis propias dolencias! ¡Sea por Dios!

—Tomás es, como suele decirse, un hombre á la agua, le volví á decir y por más que lo sintamos nada remediaremos, y vd. debe apartar de sí tan amargo recuerdo.

—Eso no es posible: no se olvida á quien bien se quiere. Tomás fué uno de mis mejores discípulos, y, al estar él en salud, aquí se hallaría entre ustedes, disputando servirme entre los primeros. ¡Cuánto me consuela que sólo no se hallen á mi alrededor mis discípulos ó ausentes, ó enfermos! ¡Dios los bendiga!

El lloraba y yo me conmovía, teniendo que sellar los labios, porque á veces se sufre más con reprimir, que con dar libre desahogo á nuestros sentimientos. Yo sufría y en silencio acompañaba al venerable anciano en aquel espontaneo desbordamiento de su cariño. El no tuvo hijos, no tuvo más amor que la ciencia y ni más afecto, que el que profesó á sus discípulos. Y á fé que ni la ciencia le fué esquiva y ni sus discípulos ingratos: viéronlo como á un padre benévolo, cariñoso y justiciero. En su enfermedad todos le acudimos, principalmente los de la Escuela de medicina cuyos alumnos le servían de enfermeros.

Procurábamos todos hacerle llevadera la pesada carga de su enfermedad. Promovíamosle conversaciones que le despertasen ideas gratas, ya trayéndole á la memoria sus desinteresados servicios á la juventud, á los desvalidos, ó ya que era el objeto del cariño de todos. Realmente así se lograba un lenitivo para sus dolencias. Tales conversaciones lo predisponían á la intimidad. La vida del anciano es el recuerdo, porque hay cierta dulce melancolía en la memoria del infortunio ó de la felicidad pasados: parece que la mirada retrospectiva arranca del fué un presente halagüeño y alentador. ¿Será la vida el fénix mitológico, que renace de sus propias cenizas?

Yo veía en el querido maestro, que en el estado de excitación que guardaba su sensibi-

lidad, érale grato dar desahogo á sus recuerdos.

—Señor, le dije una noche, cuando escribí en 1859 estudios sobre la vida de vd. era yo joven, nuestra amistad comenzaba y no tenía derecho para interrogar á vd. sobre cosas íntimas. Veinte años de un afecto no desmentido, el tierno afecto que une el discípulo al maestro, y además el haber escrito algo sobre su biografía, creo, y me permito decirlo, me ponen en la condición de saber lo que entonces no supe y ni me atreví á investigar.

—¿A qué se refiere vd. contestó?

—A la mayor amargura, según creo, que ha tenido vd. en la vida.

—Comprendo, dijo conmovido. Nada hay en el orden moral, continuó, sin compensación. Junto al mal está el remedio. ¡Cuántas veces, creyendo que nos encontramos en una condición insuperable, el destino nos depara un recurso inesperado, que nos pone en el camino de la salvación! El desabrimiento doméstico que tanto me affigió (1), y á que vd. ha aludido, me apenó en alto grado, y me puso en una situación moral profundamente desgarradora. Una tarde se me presentó un individuo, llevándome un caballo ensillado, una carta y trescientos pesos. Leí la carta. Era del Sr. General Francisco Mejía, segundo en jefe de las fuerzas que guarnecían esta plaza. Me

(1) Véase página 26.

decía en la carta, que me mandaba aquel caballo y el dinero para que en el acto me fuese, pudiéndome acompañar el hombre con quienes me mandaba aquellas cosas, que era de su confianza y el cual ponía á mi disposición: que se trataba de hacerme desaparecer por..... quien era el principal autor de mi infortunio. Contesté dando las gracias, y diciendo que nada temía. Aquel angel tutelar no cejó del propósito de salvarme de todo peligro. Desbarató la maquinación urdida para mandarme deportado á Yucatán; amenazó y contuvo á los agentes subalternos de quien pretendía que yo desapareciese, y, por último, logró salir adelante. Quedó de Jefe de las fuerzas y entonces se despejó el nublado horizonte de mi felicidad. Se declaró mi protector, encargó á México, sin indicaciones de mi parte, libros é instrumentos que me regaló bondadosamente. Casó aquí: recibí en mis manos á su única hija, á la cual llevé á la pila bautismal. Sólo sus nietos viven, á quienes he visto con el cariño, que debe tenerse á los hijos. A su noble abuelo, que me parece estar viendo, de estatura regular, cabello rubio, ojos azules, debí realmente la base de mi carrera. ¡Dios haya recompensado los desinteresados servicios que recibí de mi querido compadre, de mi primer amigo en esta bendita tierra!

A tal referencia se me anudó la garganta,

sentí húmedos los ojos, y el noble enfermo santificaba con lágrimas su gratitud.

—Señor, le dije momentos después, ha sido vd. feliz con haber tenido la dicha de corresponder á los servicios que recibí; y en verdad que, el haberlo hecho durante cincuenta años, es cosa que debe llenar á vd. de íntima fruición, pues humanamente ni puede hacerse y ni exigirse más.

—Así lo creo y eso me consuela; pero, yo no debo dejar un sólo momento, lo que siento que es en mí una necesidad; y aun creo que la acción tan desinteresada y espontánea de aquel, que se declaró mi protector, sin más que por ver mi desvalimiento, merece más, muchísimo más, que lo que yo haya podido corresponder. Pagar lo que se debe satisface; pagar, sin saber que se salda una cuenta, es una cosa que mortifica. Los servicios no se pagan nunca. He procurado hacer lo que he podido.

—Eso basta, Señor, le dije: lo que vd. ha hecho pasa de los límites de lo bueno: llega á lo superior, que es propio de los grandes corazones.

Dolíame no ser médico para acudirlo, y únicamente me era dado con esas conversaciones íntimas levantar su abatido espíritu, el cual como que se vigorizaba con ellas, pues á su influjo desplegaba la esplendidez que en mejores días.

Poco después, una tarde me encontré en su biblioteca muy alarmados á los Doctores Juan de Dios Treviño y José María Lozano: temían que el enfermo concluyera por la noche, pues había sufrido un acceso de calentura maligna, y era preciso, aunque peligroso, ministrarle la quinina. Temían que no estuviese preparado conforme á sus creencias, y que no tuviera hecho su testamento.

—Es foroso decírselo, expresé yo.

—¿Pero quién se atreve? me contestaron.

—Reuniremos, repliqué, á varios de sus íntimos amigos, á fin de que se acuerde quien debe comunicarle semejante noticia. Se fijaron las ocho de la noche para la reunión.

Volví poco antes de las ocho, y cual no fué mi sorpresa ver al escuálido anciano escribiendo su testamento por sí mismo en la mesa de su biblioteca! Su rostro estaba cadavérico, sus manos convulsas; pero no por cobardía, sino por los estragos de la enfermedad. Aquel conmovedor cuadro trajo á mi memoria el que he visto de Sócrates apurando la cicuta, hablando sobre la inmortalidad del alma con sus discípulos, que se hallan en su derredor llorando! ¡Cuán cierto es que el humilde, que el virtuoso, que el justo, ve con impasibilidad, con verdadero valor aproximarse la muerte, más bien que el que ha tenido vida azarosa y turbulenta.

Pasó una noche tranquila. Al siguiente

día su primer acto fué ordenar al Dr. Juan de Dios, que pidiese al Sr. D. Valentín Rivero doscientos pesos, y pagase en la Escuela de medicina adelantadas las pensiones de dos años del joven, que es administrador del Hospital, y á quien había sostenido en su carrera, guardando en depósito lo que sobrara para pagar en su oportunidad el título de médico de aquel mismo joven. Lo hizo Juan de Dios, y al comunicarlo á Gonzalitos,

—Ahora, díjole éste, ya estoy dispuesto. Traígame un sacerdote. El había sido católico.

El joven, que era el objeto de sus cuidados, es el estudiante Manuel Lozano, el único nieto varón del General D. Francisco Mejía, de aquel, que cincuenta años antes había sido su protector. ¡Felices los que pueden corresponder á los servicios recibidos, y más dando una verdadera riqueza, como lo es una profesión! Y á la vez destinaba su biblioteca, su ropa, alhajas y muebles para remuneración de renta y asistencia, durante treinta y cuatro años, á la familia en cuyo gremio vivió todo ese tiempo!

Y no solamente sus discípulos nos hallábamos en derredor de su cama. Multitud de personas de todas las clases sociales acudían con frecuencia á informarse de su estado. Ah! y cuán triste, cuán penoso era ver en los semblantes de todos reflejado el sello de una convicción: la de que Gonzalitos tendría que abandonarnos!

El 31 de Diciembre (1887) reformó el testamento de que se ha hablado, mejor dicho, ordenó una nueva disposición testamentaria. de la cual quedan copiadas en parte dos de las cláusulas de la misma.

Desde ese día en adelante se anubló el sol de su inteligencia y se precipitó el desenlace de aquella prolongada lucha entre la muerte y la vida.....nó, entre la muerte y aquel gigante espíritu, que llegando á su ocaso, arrojaba aun resplandores como en el cenit de su grandeza. ¿Por qué han de morir los buenos? ¿Por qué han de desaparecer los sabios? ¡Perdón! Supremo Regulador de las cosas, fuerza oculta, pero casi tangible, de la naturaleza, si el alma humana osa increparte, y se atreve á imaginar que el hombre, que ha sido una providencia en la esfera de su vida, debiera recibir en galardón ser exceptuado de la ley universal de volver al descanso eterno, de restituir á la madre tierra los frágiles átomos, que le prestó para que formaran el tabernáculo de su espíritu; perdón! tú tienes ineludibles tus leyes, justas por basarse en la igualdad y sabias por ser inmutables! Ellas rigen desde el ráquito infusorio hasta el más lejano y gigantesco de los luminosos mundos, que en maravilloso concierto pueblan los ilimitados espacios, que la imaginación puede columbrar apenas. ¡Perdón! Sabiduría infinita: recoge del nombre el barro que le diste, al hacerlo aparecer en

este apartado mundo; pero cuando desaparece el sabio, el virtuoso, enciende tras de su huella la bendita antorcha del recuerdo, para que la posteridad venere su memoria!

.....
Amaneció el día 5 de Abril de 1888. Monterrey estaba de duelo. A las once de la noche anterior había dejado de existir el Dr. José Eleuterio González. Llegó á la edad de 75 años, 1 mes, 12 días, después de haber ejercido su profesión durante 55 años.

Las casas de comercio se cerraron; las oficinas suspendieron su despacho; los particulares vistieron sus habitaciones de luto; el pabellón nacional fué izado á media asta, lo mismo que el español, el alemán y el italiano en las casas de los respectivos cónsules. Y todo eso fué espontaneo. Todos los habitantes de Monterrey aunque convencidos, hacía tiempo, de que debería llegar aquella catástrofe, la veían y lloraban dentro de su corazón. Oh! ¡descanse en augusta paz, quien al morir recibe las lágrimas de cuatro generaciones, quien, habiendo sido glorificado en vida, al descender á la tumba es venerado! ¡Hé allí á Gonzalitos! ¡Hé allí al Mentor de la juventud! ¡Hé allí al médico de los pobres!